

**La trilogía de «Cabeza de
Piedra»**

Los corsarios de las Bermudas

Dos abordajes

**Las extraordinarias aventuras de
«Cabeza de Piedra»**

Emilio Salgari

La trilogía de «Cabeza de Piedra»
Emilio Salgari

Los corsarios de las Bermudas
First published as *I corsari delle Bermude*, 1909

Dos abordajes
First published as *La crociera della Tuonante*, 1910

Las extraordinarias aventuras de «Cabeza de Piedra»
First published as *Straordinarie avventure di Testa di Pietra*, 1915

Cover: *Pirates*, NC Wyeth 1921

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form
or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including
photocopying, recording, taping, or by any information storage
retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

Los corsarios de las Bermudas

Capítulo 1

La caza a la corbeta

EL SOL IBA al ocaso entre grises nubarrones, que, hinchados por el viento de poniente, se habían ido extendiendo poco a poco sobre el Atlántico.

Las olas, que reflejaban los últimos fulgores del día, murmuraban, corriendo libremente la extensión inmensa que existe entre las costas americanas y las cuatrocientas Bermudas, islotes colocados en torno de la Gran Bermuda, que es la única isla habitada de aquel gran montón de tierras perdidas en medio del grande Océano oriental.

Dos naves, cubiertas de velas hasta los topes, avanzaban dulcemente empujadas por las olas, que batiendo contra ellas a babor, las alzaban con mesurado murmullo, que sonaba cual la gran poesía de los mares.

El viento de lebeche, bastante fresco, hinchaba las telas, silbando entre centenares y centenares de jarcias y cables y poleas.

Una de dichas naves era una espléndida corbeta, larga y sutil, pero de mucho porte, puesto que de sus bordas salían veinticuatro bocas de cañón, mientras que en el puente y en el ancho castillo de popa había dispuestos en barbata cuatro gruesas piezas de caza.

Estaba, como hemos dicho, cubierta de velas de un extremo a otro. Las mismas bonetas habían sido desplegadas y tendidas las banderas.

La otra era, en cambio, una barca gruesa, ancha, pesada, de aforo muy inferior a la corbeta que la precedía, con poquísimas piezas de artillería colocadas todas en cubierta.

Ambas naves llevaban, sin embargo, un número considerable de tripulantes, cual si fuesen buques de guerra.

En la corbeta, en lo alto del palo mayor, ondeaba una bandera roja, señal de fuego permanente, a cada hora, a cada instante, contra todos y contra todo; en la barca una bandera listada, blanca y azul y

sin estrellas, porque los Estados Unidos no se habían coligado todavía, ni tenían fijas las orgullosas estrellas de la confederación.

Era la hora de la cena.

En la cubierta de la corbeta, ciento cincuenta hombres, de distintas razas, tal vez antiguos filibusteros refugiados en las Bermudas después de la desaparición de los que un tiempo y durante muchos años combatieron ferozmente contra la dominación española en el Golfo de México y hasta en las costas del Perú y del istmo de Panamá, estaban devorando, de pie, la cena, con el envidiable apetito de la gente de mar, que la de tierra ha admirado siempre.

A piernas anchas para mantener el equilibrio que las oleadas del Atlántico, batiendo de cuando en cuando contra los flancos del buque habrían deshecho, y con el plato colocado encima de la gorra, tragaban ávidamente el rancho de bacalao, soñando en la guardia franca.

De pronto parte un grito del palo mayor que les hace estremecer a todos:

—¡Vela a estribor!

Ciento cincuenta voces preguntaban en seguida:

—¿Inglesa?

El gaviero instalado en la cruz del palo mayor calla un momento, pero su voz cae luego más imperiosa sobre la chusma:

—¡Dos velas a sotavento! ¡Nos dan caza!...

En un instante, los platos y el contenido vuelan al mar. Cien hombres se arrojan furiosamente a las paredes del buque, donde están apoyados numerosos arcabuces de larguísima caña, y no pocas carabinas rayadas, de procedencia inglesa, y se arman.

Los otros, en cambio, se arrojan a las baterías, dispuestos a hacer retumbar las veinticuatro piezas de la corbeta.

El segundo de a bordo, un buen mozo de unos treinta años, con poblada barba negra que cubre casi por completo su semblante y dos ojos que despiden rayos, no ha apartado la pipa de sus labios ni interrumpido su paseo por el pequeño puente.

Se ha concretado a volver la cabeza y fijar un momento la vista al lejano horizonte, que iba rápidamente oscureciendo.

Transcurrieron dos o tres minutos y la voz del gaviero repitió desde lo alto:

—¡Nos cazan!... Son dos...

El segundo interrumpió su paseo, se quitó la pipa de la boca, y después de echar al aire una bocanada de humo, preguntó con acento perfectamente tranquilo:

—¿Estás bien seguro de ello, «Petifoque»?

—Sí, míster Howard.

—¿Son fragatas, o buques de alto bordo?

—Aunque anochece con rapidez, paréceme que mejor se trata de dos naves de alto bordo, que de fragatas o corbetas.

—¡Ah, demonio! —balbució míster Howard—. La cosa cambia de aspecto. Es necesario advertir al comandante.

Luego, alzando la voz, gritó:

—¡«Cabeza de Piedra»!...

Un hombre de macizas formas, que podía rivalizar en cuanto a desarrollo físico con un gorila africano, con la barba manchada y erizada como las de ciertas bestias salvajes y la cabeza enormemente gruesa, abandonó dos buenas piezas de caza que había en el castillo de proa, y bajando al combés, exclamó:

—Aquí estoy, míster Howard.

Parecía un verdadero oso gris, tanto por sus formas como por sus pesados movimientos. Pero, ay de aquél que se hubiese tropezado con aquel viejo hijo de la vieja América, la tierra de las piedras y las testas cuadradas de la Bretaña, la tierra aquella que diera siempre a Francia los mejores marinos, quienes al embarcarse, tanto para ir a la pesca del bacalao, como para afrontar al enemigo, dicen: «Navegar, navegar siempre, lo mismo da encima que debajo de las olas».

Y no desembarcan hasta que los achaques o la edad les obligan a tomar tierra en sus dunas de arena eternamente batidas por las formidables olas de la Mancha o del mar de Vizcaya.

Nuestro hombre atravesó la cubierta sin darse mucha prisa, balanceándose cómicamente y subió al puente de mando, quitándose antes de la boca un gran pedazo de tabaco que estaba mascando con cierta voluptuosidad.

—¿Qué se ofrece, mi teniente? —preguntó después de hacerle un saludo militar.

—¿Qué le parece a usted, maestro? —preguntó mirándole con atención mister Howard.

—¿Qué? —preguntó tranquilamente el oso de Bretaña, plantándose sólidamente sobre las macizas piernas, para soportar mejor las oleadas que se sucedían sin interrupción, sacudiendo rabiosamente la corbeta.

—Estas dos naves, que parece nos vienen dando caza.

—Creo, mi teniente, que tenemos veinticuatro buenas piezas y cuatro cañones de plaza colocados en los puentes —contestó el bretón.

—¿Y si fuesen buques de alto bordo?

—Seguramente el asunto sería un poco más difícil, mi teniente, pero tenemos a bordo ciento cincuenta hombres que no temieron nunca a Dios ni al diablo cuanto tuvieron sobre sus cabezas a un valiente como sir William.

—Bien; pero ¿y la barca?

—¡Ah! ella es el punto débil —contestó el bretón—. Verdad es, sin embargo, que con sus ocho piezas reunidas algo podrían hacer; ¡pero la pólvora es tan necesaria a los sitiadores de Boston!

—Conservaremos la nuestra. Tenemos unos dos mil quintales.

—Los cuales, en caso de un combate, constituirán un peligro grave.

—Ya lo sé. Ve a llamar al comandante.

—Estará de mal humor. Desde que el hombre que manda la barca llegó a las Bermudas, el comandante está siempre de mal talante. ¡Ojalá el mar se hubiese tragado a aquel americano!

—Calla. Tú no conoces los secretos de sir William.

—¡Bah! Debe mediar ahí alguna mujer. Que el demonio se las lleve a todas.

En aquel momento, por tercera vez, la voz del gaviero cayó sonora, vibrante, desde la cruz del palo mayor.

—¡Nos estrechan!

«Cabeza de Piedra» lanzó al espacio una mirada escudriñadora.

La luz huía rápidamente y las tinieblas caían en el Océano. Las olas habían tomado el color de tinta.

El bretón alzó los hombros.

—Nos estrechan —dijo—. Es ocasión propicia para acudir al abordaje. Antes de que se levante de nuevo el sol, quién sabe lo que habrá preparado el comandante.

—Ve, «Cabeza de Piedra» —dijo el teniente—. Charlas como las comadres del barrio de Batz.

—Es mi barrio —contestó el bretón, con una sonrisa mezclada con un suspiro—. Siempre en el mar, encima o bajo las olas, y Batz no se encuentra en el mar...

Bajó la escalera con su pesado paso de oso, colocó el trozo de tabaco en el sombrero, ocultándolo debajo del forro, tal vez agujereado adrede, y se dirigió al cuadro, que los muchachos acababan de iluminar.

—¡Diablo seco! —murmuró—. El comandante no estará de fijo de buen humor. Se diría que después de nuestra salida de las Bermudas le han hechizado. Ahí media una mujer, estoy seguro de ello: Mary. ¡Cuántas veces oí brotar de sus labios este nombre! Mary... ¡qué bruja infernal será! Pero a los veinte años recuerdo que me hice a la mar para no romperme los sesos con aquellas brujas, y no me fue mal. Viento duro, luz, sol y azul infinito, que vale más que todos los ojos azules de las muchachas de nuestra pétreo tierra. ¡Bah!... ¡Pobre juventud!...

Bajó la escalera con su pesado paso de oso, que hacía crujir los peldaños, y entró en el cuadro, siempre murmurando y haciendo muecas, según tenía por costumbre.

Salvada la segunda escalera, se detuvo un instante, rascándose, con cierta dificultad, la espesa y casi plateada cabellera.

—¡Por el barrio de Batz! —murmuró—. Estoy seguro de que le encontraré de mal humor.

Avanzó por el pasillo pisando fuertemente y arrastrando sus pies de elefante como para anunciar antes su visita, y empujó luego una puerta.

Un saloncito elegantísimo, a cuyas ventanas, que servían de troneras, había colgadas cortinas de seda azul guarnecidas con

encajes de Bruselas, iluminado por un alto candelabro de plata de seis bujías, se ofreció a sus miradas.

En el centro, entre sofás de seda con flores rojas y amarillas, sentado a una mesita de ébano con incrustaciones de nácar y marfil, había un hermoso joven de veintiséis a veintisiete años, de estatura más bien alto que bajo, pálido rostro, ojos azules y barba y cabellos rubios.

En vez de ostentar en su cabeza la blanca peluca, según era costumbre en aquella época, llevaba sueltos los cabellos, que caían sobre sus hombros, como cincuenta años antes, y ligeramente ondulados; y esto le daba un aspecto extraño y gracioso a un tiempo.

Vestía elegantemente, como un caballero de la corte de Versalles o de Westminster. Casaca de paño finísimo de color azul con anchos alamares de oro, pantalón de piel, botas de montar y un tricornio galoneado en la cabeza.

Estaba bebiendo: tenía ante sí una botella y un vaso, que brillaban a la luz de las bujías.

Al ver entrar al contraamaestre de la corbeta, el joven, que parecía sumergido en dulcísimo ensueño, experimentó como un ligero sobresalto.

—¡Tú, «Cabeza de Piedra»! —exclamó—. ¿Qué quieres? ¡Qué no pueda yo descansar un momento!... ¿No está en el puente míster Howard?

El contraamaestre le lanzó una mirada de compasión y sacudió la cabeza.

Luego dijo:

—Él es quien me envía, sir William.

—¿Es que hay fuego a bordo?

—¡Ah! no, sir.

—¿Entonces...?

—El fuego está precisamente a punto de caernos encima.

—¿En mi corbeta? ¡Ah!

—¡Por el barrio de Batz! El asunto es más grave de lo que usted se figura, capitán; se lo digo yo.

—Habla, «Cabeza de Piedra».

—Hay dos buques que tratan de cercarnos.

—¿Sólo dos?

—Pero no se sabe todavía si son dos fragatas de alto bordo, capitán. La oscuridad nos ha impedido distinguirlos oportunamente.

El comandante tomó un vaso que tenía delante y lo vació lentamente.

Luego preguntó:

—¿Estás bien seguro de que son dos, «Cabeza de Piedra»?

—Ya sabe usted que «Petifoque» tiene la vista larga.

—Prosigue.

—He terminado. Nos dan caza.

Sir William se levantó, dio una vuelta en torno de la mesa, atormentando con la mano izquierda el corraje del pesado sable de abordaje. Luego, deteniéndose de improviso, preguntó:

—¿Son americanos o ingleses?

—¡Por el barrio de Batz!... Los yanquis no tienen buques de alto bordo. Ustedes lo saben mejor que yo. Por lo mismo, es de suponer que dichos buques son realmente ingleses, destacados de alguna escuadra de las Antillas.

—Tienes razón, «Cabeza de Piedra». ¿De manera que toda mi gente está intranquila?

—Encontrarse entre dos buques de alto bordo no debe ser ciertamente nada agradable, mi comandante, por bien armada que esté la corbeta y montada por los últimos corsarios de las Bermudas, que nada tuvieron nunca que envidiar a los del Golfo de México.

—¿Y qué dice míster Howard?

—Ha ordenado simplemente a sus hombres que se preparen para el combate. Su lugarteniente es todo un hombre, se lo aseguro yo.

—Si no lo hubiese sido, no le habría embarcado —contestó el comandante, sonriendo.

Se apoyó en la mesa, cruzándose de brazos, y tras una breve reflexión, preguntó:

—¿Qué haría en mi lugar mi contramaestre, que goza fama de ser un viejo tiburón del Atlántico?

—¡Por el barrio de Batz! Cuidaría de escapar antes que amaneciese —contestó el bretón.

—¿Intentando un rumbo falso?

—Sí, mi comandante.

—¿Y si no lo consiguiese?

—Entonces acudiremos al abordaje como manada de perros rabiosos.

—Veintiocho piezas tal vez contra ciento, y ciento cincuenta hombres atacados por ambas partes, tal vez contra quinientos, sería un juego harto peligroso y por mi parte no tengo por ahora el menor deseo de morir, porque he de ir a Boston —dijo el corsario—. Hay la barca que nos sigue: ése es el escollo. ¡Bah! la hundiremos.

—¡Con sus cien quintales de pólvora! —exclamó el bretón, abriendo los ojos—. Ya sabe usted que los americanos tienen extrema necesidad de municiones.

—Por ahora se contentarán con las que hay encerradas en nuestra bodega. Yo no tengo el poder de Dios. A bordo hay navajas, y no pocas, ¿verdad?

—¿Navajas?... ¿Quiere usted segar con ellas el cuello a los ingleses?

—Además, hay a bordo muchas cajas de vestidos de mujer que tomamos a aquella nave procedente de Belfast y destinados a las lindas cubanas; las hay también llenas de sombreros para señoritas y sombrillas, guantes y abanicos. Con ello tenemos bastante para poner a raya a las dos naves que intentan cazarnos.

—¡Con las navajas, con las faldas, con las sombrillas y con los abanicos! —exclamó el bretón—. ¿Bromea usted, sir William?

El comandante llenó de nuevo el vaso, lo vació con estudiada lentitud y luego prorrumpió en alegre carcajada.

—Será una bellísima broma que me hará ahorrar pólvora, balas y hombres —dijo después—. La barca que se vaya.

—¿Se habrá vuelto loco por la misteriosa Mary? —balbució «Cabeza de Piedra», mirándole con espanto—. ¡Qué lástima!... Un joven audaz, un pez perro formidable como él...

El corsario dejó el vaso, dio otra vuelta en torno de la mesa, y luego, deteniéndose ante el bretón, que no había salido de su asombro todavía, le dijo:

—Haz afilar todas tus navajas y haz caer las barbas y bigotes de todos nuestros hombres. Si necesitas polvos, poseo unas cuantas cajas, que pongo a tu disposición. Luego harás abrir todas las cajas que tomamos al inglés y vestirás a mis hombres como tantas *ladies*. No olvides los quitasoles, ni los guantes, ni los abanicos, ni los sombreros. Quiero que antes que amanezca esté mi buque cargado de lindas o feas señoritas.

—¡Por el barrio...!

—Deja en paz a Batz y su campanario —repuso el corsario—. ¡Ah! ¡La barca! Mandarás cuatro o cinco lanchas para que conduzcan a su tripulación a nuestra corbeta, luego destrozarás uno de sus bordes y que se llene de agua y se vaya a fondo.

—¿Junto con la pólvora?

—No tendremos tiempo suficiente para trasladarla, mi querido tiburón. Si los ingleses nos sorprendieran al romper el alba, mi broma podría resultar pesada. Por otra parte, hay muchos bigotes y demasiadas barbas que rapar, y, a decir verdad, ocho horas no son muchas que digamos.

—¿Y usted cree, comandante, que a golpes de navaja va a evitar un desastroso combate? —preguntó el bretón.

—Seguramente.

—¡Oh, oh! ¡Ca!...

—¿Lo dudas?

—Casi.

—Tú posees una antigua pipa que aprecias mucho, porque dicen que es de verdadera espuma del Asia Menor.

—La compró mi abuelo en Esmirna hace ciento cincuenta años.

—Muy bien —dijo el comandante—. Si salgo victorioso de mi empresa, me regalarás ese antiguo recuerdo de familia de lobos marinos, y si pierdo, te daré cien guineas, que irás a recoger al fondo del mar después de la batalla, porque el baroncito William MacLellan morirá en el puente de mando, pero no se rendirá. Ve, «Cabeza de Piedra». Dirás a mi segundo que antes que salga el sol

mi nave ha de estar llena de *ladies* y la barca ha de haber desaparecido.

El bretón quedó un instante inmóvil, como atontado, hasta que al fin se decidió a marcharse con su pesado paso, que marcaba, como todos los viejos lobos marinos, ora el balanceo, ora el cabeceo.

Sir William, apenas estuvo solo, volvió a sentarse ante la mesa, apoyando la cabeza en la diestra y atormentando nerviosamente con los dedos sus largos cabellos.

—Mary —murmuró—. ¡Su esposa! ¡Jamás, jamás!... El infame, que lleva también en sus venas la sangre de mi padre, me la ha robado, pero se la volveré a tomar. En Escocia dicen que soy un bastardo; mi hermano dice que lo soy, por ser hijo de otra mujer que no se llamaba lady Anna de los duques de Lorne. ¿Qué culpa tengo yo si mi padre se enamoró de otra mujer que no era inglesa, y con quien no podía casar? Un marqués de Halifax no soy, es verdad. Jorge IV me ha creado noble, y no obstante, escocés, me veo obligado a hacer armas contra Inglaterra. Suceda lo que suceda, yo obtendré de nuevo a Mary, o me matarán dentro de los muros de Boston.

Se llenó el vaso por tercera vez y miró el fondo largo rato.

—Ahí están sus ojos azules brillando en el fondo, sobre la eterna mancha de sangre. ¿Es la sangre de los marqueses de Halifax y de los Lorne, mezclada a la mía? El porvenir me lo dirá. Bebo los ojos y la sangre juntos.

Vació de un sorbo el vaso, se arregló los blondos cabellos ante una gran luna de Venecia que adornaba una de las paredes del salón, tomó de una mesita un par de pistolas, que guardó en el cinto, y subió con presteza la escalera que conducía al puente, murmurando:

—Vamos a ver si los barberos trabajan.

Capítulo 2

Una estratagema curiosa

LAS ESTRELLAS DESAPARECÍAN rápidas bajo la invasión de luz que el sol, ya próximo a aparecer en el horizonte, lanzaba ante sí como para anunciar su llegada.

El viento de la noche dispersó los vapores que se habían ido condensando antes de anoecer; de modo que el día se presentaba espléndido, aunque el oleaje del Atlántico alterara, y no poco, la superficie del mar.

La corbeta seguía tranquilamente su rumbo con todas las velas desplegadas, avanzando pesadamente. Iba sola, porque la barca que le seguía había desaparecido durante la noche en los profundos abismos del mar, junto con su carga de pólvora. Había a cubierta unos treinta marineros, que apoyados en la borda fingían observar distraídamente las aves marinas que saludaban con estridentes gritos la inminente aparición del astro divino.

En el puente de mando se hallaba el comandante, paseando nerviosamente junto con su lugarteniente, míster Howard.

A lo lejos se veían a barlovento dos naves de alto bordo, dos grandes buques con numerosas troneras provistas de artillería gruesa, que trataban de dar alcance a la corbeta. En sus respectivos palos mayores ondulaba la bandera roja, señal de inminente combate, y en los de mesana la bandera inglesa, con un ángulo abigarrado.

El viento de levante, que era bastante fresco, empujaba a los dos buques, haciendo buena presa en sus moles colosales y en número inmenso de velas que los dos llevaban y a las cuales, para obtener mayor velocidad, habían añadido las bonetas.

—«Petifoque» no se había equivocado —dijo sir William, deteniéndose bruscamente—. ¡Qué ojos de lince tiene el muchacho! Será un buen marino. ¿Qué le parece a usted, míster Howard?

—Que estamos como cogidos en una trampa —contestó el lugarteniente.

—¿Lo cree usted así?

—Lo voy creyendo.

—Yo, en cambio, estoy convencido de que voy a jugar una broma a los dos elefantes de mar. ¿Se han afeitado ya todas las barbas?

—Y los bigotes, sir William.

—¿Están todos vestidos?

—La bodega está llena de *ladies*. No serán muy hermosas que digamos; pero, vistas de lejos, jugarán el gran papel.

—Sobre todo con las sombrillas —dijo el corsario—. Si las cosas van mal dadas, los ingleses verán un espectáculo curioso: dos naves de alto bordo asaltadas por señoras de férreos músculos, que manejarán las pesadas hachas de abordaje, mejor que los antiguos filibusteros del Golfo de México. Será un magnífico cuadro de melodrama, del que se aprovecharán nuestros hombres para aplastar cabezas, pisar y fracturar costillas y cortar brazos y piernas... ¡Ah! ¡Un golpe en falso! ¡Estamos a sus órdenes, señores!

Una de las dos naves, la que se encontraba más próxima, había disparado un cañonazo. Era la orden de pararse y mostrar la bandera.

—¡Arriba los colores de Inglaterra! —ordenó el corsario—. Que mis lindas muchachas suban todas al puente y abran sus sombrillas.

La bandera inglesa, que estaba de antemano preparada, se izó, ondeando vivamente hasta lo alto del palo de mesana, y mostró al sol, que aparecía en aquel momento en el horizonte, espléndidamente deslumbrador, su tela roja con el cuadrado en alto. Simultáneamente, la cubierta, el castillo de proa y la escotilla se vieron invadidos por una decena de docenas de *ladies*, elegantemente ataviadas, con grandes sombreros de plumas y las manos enguantadas.

Cien sombrillas de todos colores, se abrieron de golpe y se agitaban alegremente como para enviar un saludo afectuoso a las dos naves.

Fuera inútil consignar que bajo aquellos sombreros se veían ciertos semblantes que daba, miedo mirar. Afortunadamente, los ingleses estaban muy lejos, y no podían distinguir si aquellas jóvenes eran lindas o feas.

El corsario había apuntado el antejo sobre la primera nave que bordeaba lentamente a unos cien cables de distancia, tratando de ir a sotavento de la corbeta para cogerla entre dos fuegos, puesto que su compañera se mantenía a barlovento.

Siendo la distancia relativamente corta y de mucha potencia el antejo, sir William pudo al punto darse cuenta del estupor que produjo en el puente de la nave la inesperada manifestación de fuerzas femeninas y de sombrillas multicolores.

Los hombres que la gobernaban se lanzaron en tropel a la borda de estribor, agitando sus gorras y pañuelos para devolver el saludo.

—Buena señal —murmuró sir William.

Pero en el palo mayor de la gran nave aparecieron en seguida varias banderas solicitando informes.

—¡El vuestro nombre!

El lugarteniente del corsario no tardó en hacer contestar con otras banderas:

—El *Fury*.

—¿De donde vengan?

—De las Bermudas.

—¿A dónde van?

—A Jamaica.

—¿Quiénes son esas *ladies*?

—Náufragos que recogimos hace cuarenta y ocho horas.

Hubo una pequeña tregua, y la gran nave reanudó luego sus señales.

—¿A qué escuadra pertenecen?

—A la del almirante Rodney —contestó la corbeta.

—¿Ha llegado ya a las Antillas?

—Aún no.

—Sigán, pues, su rumbo; pero guárdense de los piratas americanos, que corren en gran número por esos mares.

—Vamos bien armados. Les saludamos.

Las banderas inglesas bajaron y subieron tres veces; luego la corbeta, que se había puesto contra el viento, orientó rápidamente sus velas y se puso en marcha con la proa al Sudeste, que no era en

realidad su rumbo, pero para mejor burlar por el momento a los dos formidables adversarios.

Las dos naves de alto bordo la siguieron unas cuantas millas, luego hicieron rumbo decididas hacia el Este, probablemente con dirección a Boston, que a la sazón las tropas americanas estaban cercando, cubriéndola de hierro y fuego.

—¿Qué le parece a usted, míster Howard? —preguntó sir William, el cual seguía sin perder de vista a las dos naves, para espiar sus movimientos.

—Que nadie, exceptuando a usted, era capaz de tan excelente idea, sir —contestó el lugarteniente—. Nuestros hombres se reirán de lo lindo de esta mascarada, que les ha salvado de una muerte casi segura. No nos fiemos mucho, sin embargo; a los dos comandantes ingleses podría surgirles la sospecha y vigilamos.

—El *Fury* es más ligero que aquellas enormes masas flotantes, y si vuelven, les haremos correr hasta llegar a Boston.

—Dios haga que no nos tropecemos con ellos por segunda vez, sir William. No nos darían cuartel.

—Abriremos bien los ojos, mi querido míster Howard, y no reanudaremos nuestro verdadero rumbo hasta bien anochecido.

En aquel momento «Cabeza de Piedra» se presentó en el puente de mando, llevando en sus callosas manos, dentro de un estuche de madera tallada, una pipa negra como un pedazo de carbón, que apestaba a tabaco de una manera horrible.

—Capitán —dijo inclinándose grotescamente—. Ganó usted la apuesta, y le entrego la pipa de mis antepasados.

El comandante soltó una estrepitosa carcajada.

—Es cierto que he ganado —dijo— y que tendría el derecho de quedarme con la famosa pipa de espuma del Asia Menor, pero yo no había de fumar jamás en esa antigualla empapada de nicotina. Quédatela y toma en cambio esta guinea, que podrás gastar bebiendo a mi salud entre los muros de Boston.

—¡Por el barrio de Batz! —exclamó el viejo lobo marino, guardando precipitadamente en uno de sus profundísimos bolsillos el recuerdo de familia, junto con la moneda de oro—. Cuando le

haga falta una piel de corsario para el otro mundo, piense usted en la mía, capitán.

—¡Por una pipa!

—Recuerdos de familia, sir William —dijo el lugarteniente—. Es el blasón de su estirpe.

—Sí, de la tribu de los «pipadores» —contestó gravemente el contraamaestre.

—Vete a beber una copa, te lo permito —dijo el comandante.

«Cabeza de Piedra», con todo y sus cincuenta años, hizo una pirueta con la agilidad de un mozalbete, y después de una profunda reverencia, bajó precipitadamente la escalera, gritando:

—¡«Petifoque»! ¡A mí!

Un joven de veinte a veintidós años, moreno como un argelino, de ojos negrísimo, lo propio que el cabello, se deslizó con agilidad de acróbata por una de las cuerdas del palo mayor y fue a caer casi encima del contraamaestre, diciendo:

—¡Aquí estoy!

—¡Por el barrio de Batz! ¿Quieres matarme? —dijo «Cabeza de Piedra», haciéndose atrás.

—No hay cuidado, papá Vieja Pipa —contestó riendo el muchacho.

—Tengo una guinea en el bolsillo, hijo mío.

—¡Ah! ¿Sí? En este momento me convierto en hijo de usted, siempre que se trate de quitarle la guinea.

—Eterno chiquillo: si casi te he adoptado.

—Entonces confío en una buena herencia.

—Que irás a recoger a Batz, aunque no sé si la encontrarás. El comandante me ha concedido permiso para beber una copa; pero tú ya sabes que las copas de la marina son más grandes que las botellas. Ven a ayudarme, bribonzuelo. La escanciaremos a la salud de mis bretones y de tus provenzales.

—Siempre a sus órdenes, papá Vieja Pipa.

—No hagas bromas con el blasón de mi familia, como lo ha llamado míster Howard —contestó con cómica gravedad el lobo marino—. La he readquirido e iremos a celebrarlo con buena sidra.

—No, con Burdeos.

—Como quieras: la guinea pagará la diferencia.

Mientras los dos amigos iban en busca del gambusero de a bordo, los marineros, que habían dejado ya su femenino indumentaria, afluían a cubierta, riendo a carcajada tendida por el gran bromazo que acababan de dar a la tripulación de las dos naves de alto bordo.

El corsario no se había movido del puente, y de cuando en cuando exploraba con cierta ansiedad la azulada superficie de las aguas.

Los dos veleros habían desaparecido, y sin embargo, sir William seguía un tanto intranquilo.

—¿Nos espíarán de lejos? —se preguntaba—. He visto un punto negro que podría muy bien ser una lancha lanzada adrede detrás de nosotros para vigilarnos. La partida podría hacerse sería de un momento a otro.

Míster Howard, que le observaba atentamente y había comprendido la intranquilidad del comandante, dijo de pronto:

—Tenemos el viento bastante favorable para hacer rumbo hacia las costas de la Florida. Un día que se pierda no significará la ruina de los americanos...

Se detuvo. Una arruga profunda surcó de pronto su especiosa frente, acompañada de un acentuado ademán de ira.

—Míster Howard —dijo el comandante, con acento un tanto alterado—. ¿Quiere usted llamar al capitán de la barca que hice echar a pique? Desearía verle.

—Es usted muy raro, sir William —dijo el lugarteniente.

—¡Oh! Usted no sabe qué demonio de tempestades se cierran sobre mi corazón. Lo aguardo en el espejo de popa.

Bajó del puente, lanzó una última mirada al Océano, fulgurante de luz y azul, y luego, a paso lento, entró en el salón y se sentó a la mesa, en que había aún una botella casi llena y algunos cigarros de la Habana.

Su puño de marinero cayó como una detonación sobre la mesa, mientras brotaba de sus labios rabiosa imprecación.

—¡Malditos sean los latidos de mi pecho! ¡Locuras dicen! ¡Ah, no! A mi edad no son ni locuras ni fantasías. ¿Dónde concluirá la

juventud?... Y, sin embargo, «Cabeza de Piedra» es mil veces más feliz que yo. Pero no todos nacen con la misma suerte.

Suspiró profundamente, se levantó con brusco movimiento, hizo un ademán cual si hubiese querido triturar alguna cosa y luego se puso a pasear nerviosamente por el salón.

De pronto se detuvo.

Un hombre acababa de entrar en el salón, acompañado del lugarteniente Howard. Era de imponente aspecto, de edad algo avanzada, con una larga barba gris que le llegaba a la mitad del pecho, y los ojos de un azul profundo y una extraña claridad a un tiempo.

—¿Desea usted verme, sir William? —preguntó, avanzando con tranquilo paso.

—Sí, coronel Moultrie —contestó el comandante—. Deseo que me repita lo que le dijo Mary de Wentworth.

—Me parece habérselo referido ya, sir MacLellan.

—¿Qué quiere usted? Siempre me parece haber oído mal.

—Que Mary de Wentworth, si no va usted a libertarla, a pesar del sitio y de la lluvia de balas y bombas que los americanos arrojan dentro de los muros de Boston, será la esposa del marqués de Halifax.

—¡Jamás! ¡Jamás! —gritó sir William, con expresión feroz—. Ella ha jurado eterna fe a MacLellan.

—Lo sé —contestó el coronel americano—. Me lo ha confesado. Desgraciadamente para usted, el marqués de Halifax la tiene en su poder y podría aprovecharse del sitio para obligarla a ser su esposa.

—¿Usted cree imposible a hombres resueltos a todo, entrar en Boston? —preguntó el comandante, enjugándose la frente, que tenía bañada en sudor.

—Tal vez pasando por la galería subterránea que conduce a los reductos del Cuerno del Este y que yo conozco.

—¿Está aquel pasaje bien guardado?

—Ya lo creo, sir William —contestó el coronel.

—No importa; sabremos forzarlo y entraremos en la plaza, a despecho de todos los ingleses que defienden la ciudad.

Y esto diciendo, se levantó, presa de viva agitación, pasándose y repasándose una mano por la tempestuosa frente.

—¿Quién habría creído —dijo después con voz airada—, que un hermanastro pudiese llegar hasta el extremo de raptar a la prometida del otro? Y, sin embargo, coronel, así es.

—¿No es usted hijo del marqués de Halifax? —preguntó el americano.

—Sí; mi padre, que al enviudar se marchó a Francia, se enamoró de una muchacha joven y bellísima y dueña de un castillo en la Turena, la cual aceptó al punto sus galanteos. Yo nací en ocasión en que hervía la guerra en Flandes, y mi padre murió en el campo de batalla, víctima de una bala de cañón que le partió por la mitad antes de poder casarse con la linda francesa. Mi madre murió también poco después, dejándome solo en el mundo, pero poseedor de su castillo de la Turena y de vastas propiedades. Un antiguo escudero, que fue en su juventud un famoso espadachín, cuidó de mi educación. Transcurrido algún tiempo, hizóseme, empero, odioso aquel país, y como quiera que heredé también un castillejo en Bretaña, fui a fijar mi residencia a orillas del mar.

»A los quince años era yo un hábil marino, al par que hombre de armas. ¡Cuántas veces guie yo las barcas de los contrabandistas! ¡Y cuántas, durante la guerra, di caza a las hordas corsarias en medio del mar de Vizcaya! Las ruidosas hazañas de los filibusteros americanos que yo conocía y recordaba perfectamente, me habían entusiasmado; pero tenía, además, en mi favor, la doble ventaja de haber nacido con los instintos del verdadero corsario.

»Había ya cumplido mis veinticinco años y cruzaba orgulloso la Mancha con mi *Fury*, que había armado y equipado por mi cuenta y ostentaba los colores de Francia, cuando un día, mientras descansaba en mi castillo de vuelta de un largo viaje durante el cual hice presa en buen número de buques ingleses, hallándose Francia en aquella época en guerra con Jorge IV, fue a verme un caballero inglés con el encargo de entregarme unos documentos de parte del marqués de Halifax. Bien poco había sabido hasta entonces de mi padre, tanto es así, que ignoraba que de su primera esposa, una duquesa de Argyle, hubiese tenido un hijo.

»El marqués me entregaba mi nombramiento de baronet inglés bajo el nombre de William MacLellan, firmado por el rey de Inglaterra, según deseo expresado por mi padre en su testamento, invitándome a la vez a abandonar la marina francesa y a reunirme con él en el castillo de Alstal, situado en una isla de las Hébridas. Hasta entonces había creído tener en las venas sangre puramente francesa. La sangre inglesa tuvo en mí un momentáneo despertar y partí entonces para las islas escocesas. La acogida que me dispensó mi hermano en el viejo castillo de Argyle fue tal, que me hizo comprender que, como baronet inglés, no había de hacer armas contra la patria de mi padre. Mi fama de corsario afortunado era ya conocidísima en Inglaterra, y mi corbeta bien conocida en aquellas costas. Accedí a no volver a Francia para hacer armas contra mi nueva patria y me lancé a la mar al amparo de la bandera inglesa.

»Pasaron otros años, pocos, sin embargo, y durante las tempestades invernales que asolaban los flancos de las Hébridas con furia formidable, volvía a mi nido, al castillo de Argyle, cuya bahía era profunda y segura. Precisamente en una de aquellas vueltas encontré a Mary de Wentworth, señorita escocesa emparentada con los duques de Fife y de Lorne, las dos noblezas más elevadas de la Inglaterra septentrional. Verla y amarla fue todo uno para mí. Ella sabía que era yo un corsario intrépido, y me amó.

»El marqués de Halifax, según pude enterarme luego, había puesto, empero, sus ojos en aquella pálida perla del Norte. Él creía que el bastardo no podía competir con él; pero venció el corsario y quedó acordada nuestra boda. Yo ignoraba, sin embargo, que mi hermano, por decirlo así, amase locamente a la joven.

»Todo estaba preparado para mi matrimonio, puesto que Mary de Wentworth me había jurado su amor ante el mar, en las noches de luna, proclamando muy alto su juramento en un momento en que la resaca se rompía fragorosamente contra las escolleras de la isla. ¡Ah! ¡Qué noche!... Abrazados en las montañas de arena, ante la luz de la luna que surgía en el horizonte, luminosa como pocas veces la viera en el mar de la Mancha y del Norte oíamos el ritmo sonoro de las olas.

»Usted, coronel, no fue marino nunca... y por esta razón no puede haber comprendido la gran poesía del mar. Cuando la ola sube, la costa tiene sonidos que usted no puede penetrar. Es una música divina que vale por todas las creadas para instrumentos de latón, cobre y bronce.

El corsario se interrumpió. Cogió con violencia un gran vaso, lo llenó y lo vació de un sorbo.

Luego continuó:

—La ola sube dulce, dulce, murmurando pausadamente; luego estalla y se quiebra en las rocas. ¡Qué música divina! En una noche de luna, todos renunciarían a los más grandes maestros de nuestra época. ¡Qué sonidos da la resaca cuando se acerca a la costa! La oye usted de lejos, se va acercando poco a poco, ligeramente, con un sonido que parece una armonía de mil instrumentos. ¡Ah! ¡Preciso es haber nacido marino! La gran voz del Océano sólo nosotros sabemos comprenderla.

Sir William, que parecía presa de una gran excitación, se detuvo bruscamente.

—¿Soñaba yo tal vez? —preguntó.

Hizo un ademán extremado, puso furiosamente la siniestra en el sable de abordaje y prosiguió con voz interrumpida a ratos por un sollozo:

—Salí para Edimburgo con objeto de comprar joyas para la que había de ser mi esposa. ¡Nunca lo hubiese hecho! Aquel viaje, que apenas duró una semana, fue el quebranto de mi vida.

—¿Por qué? —preguntó el coronel Moultrie.

—Porque aquellos siete días bastaron al marqués de Halifax para realizar la más infame de las traiciones. Hasta entonces, como he dicho, no me había percatado de que la belleza maravillosa de Mary de Wentworth había desencadenado en su pecho una pasión loca, y creo que ni siquiera la joven lo había sospechado, porque no habría vacilado en decírmelo, y no sé lo que habría sucedido. De entre los habitantes de las Hébridas habría desaparecido un MacLellan o un Halifax.

E se interrumpió de nuevo.

—Míster Howard —dijo después con ronco acento—, deme de beber. Ardo.

El lugarteniente tomó tres vasos de cristal de Bohemia y una botella llena de un líquido color ámbar, y después de descorcharla llenó aquéllos.

El corsario agarró, mejor que cogió, uno de los tres vasos, lo apuró de un sorbo y luego lo arrojó al mar a través de la ancha ventana que iluminaba el salón.

Permaneció unos instantes silencioso y con la mirada fija en la espumosa estela que la corbeta iba dejando atrás, movida por un viento que la empujaba rapidísima hacia las no lejanas costas americanas; luego se volvió bruscamente hacia el coronel y el lugarteniente.

Sus ojos brillaban con luz siniestra; su frente se mostraba fruncida; su rostro estaba transfigurado.

—Me la había raptado cinco días antes de mi regreso y se había marchado a América con el general Howe, que llevaba allí una gran partida de soldados de infantería alemanes alistados en Hesia y en Brunswick.

—¡Bandido! —exclamó el coronel.

—Es inútil decir el dolor de que fui preso. Recogí mis tripulantes y me hice a la mar con dirección a Boston, por haber sabido que las fuerzas que conducía Howe estaban destinadas a reforzar aquella guarnición. Renegué de mi nueva patria y volví a ser pirata sin nacionalidad alguna, desahogando mi dolor en continuos combates contra las naves donde veía flotar una bandera que yo odiaba. Usted, coronel, me comunicó que Mary de Wentworth, dentro de ocho días, contraerá matrimonio con el marqués de Halifax y que espera que yo acuda en su socorro. Suceda lo que suceda, yo entraré en Boston y pondré mi corbeta y mi espada como tantos otros caballeros franceses a disposición de la causa americana.

No bien había acabado de hablar, cuando el coronel y el lugarteniente le vieron dirigirse con violencia hacia la abierta ventana, a través de la cual entraba un soberbio rayo de sol.

—Un cañonazo disparado desde lejos —dijo—. ¡Al puente! ¡Al puente!